

Lucas 24:1-11

Sermón Lucas 24:1-11 Pascua 2013

El primer día de la semana, muy de mañana, fueron al sepulcro llevando las especias aromáticas que habían preparado, y algunas otras mujeres con ellas. Hallaron removida la piedra del sepulcro y, entrando, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. Aconteció que estando ellas perplejas por esto, se pararon junto a ellas dos varones con vestiduras resplandecientes; y como tuvieron temor y bajaron el rostro a tierra, les dijeron: —¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, sino que ha resucitado. Acordaos de lo que os habló cuando aún estaba en Galilea, diciendo: “Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado y resucite al tercer día”. Entonces ellas se acordaron de sus palabras, y volviendo del sepulcro dieron nuevas de todas estas cosas a los once y a todos los demás. Eran María Magdalena, Juana y María, madre de Jacobo, y las demás con ellas, quienes dijeron estas cosas a los apóstoles. Pero a ellos les parecían locura las palabras de ellas, y no las creyeron. (Lucas 24.1–11)

Cristo ha resucitado. Ha resucitado de veras. Con este triunfante mensaje los cristianos han consolado y animado unos a otros a través de los siglos. La realidad de la resurrección de Cristo es la promesa de nuestra propia victoria en él sobre el pecado, la muerte y Satanás. Por eso para muchos cristianos la Pascua es uno de los días más felices en el año. El mensaje de la Pascua es evangelio, es el mensaje de perdón, es el mensaje de la victoria en Cristo sobre todos nuestros enemigos.

Pero cuando volvemos al primer domingo de la Pascua, encontramos no una fe triunfante, no alegría, no seguridad, sino todo lo opuesto. Y la razón la identifica el ángel que habla en nuestro texto. Se han olvidado la palabra. No guardaban en mente ni pusieron su confianza en lo que Jesús ya les había dicho tenía que suceder. Así que en este día más feliz de la historia del mundo, vemos mujeres tristes y preocupadas, discípulos incrédulos y desilusionados, vemos miedo y duda. Todo porque olvidaron la palabra. Así que nuestro tema, para que no nos pase lo mismo que a ellos, es No olvidar la palabra. Eso habría evitado que las mujeres buscaran al que vive entre

los muertos. Habría evitado la necesidad de que ángeles les recordaran lo que Jesús había dicho. Y habría evitado que los apóstoles no tomaran en serio el informe de las mujeres.

Las mujeres con las cuales nuestro texto comienza habían visto cosas terribles. La persona a quien más amaban había sido entregada a un juicio injusto, atormentado, azotado, clavado en una cruz, y había muerto. Había ocurrido tarde el viernes, de modo que no fue posible dar a su cuerpo la sepultura honrosa que ellas deseaban que su amigo tuviera. Así que Lucas nos dice al final del capítulo anterior, “Al regresar, prepararon especias aromáticas y ungüentos; y descansaron el sábado, conforme al mandamiento” (Lucas 23.56). Habían hecho todas las preparativas que podían, pero el tiempo las vencía, de modo que tuvieron que quedarse inactivas durante todo el sábado, debido al mandamiento sabático que Dios había dado a los judíos. Pero tan pronto que ese tiempo pasó, cuando todavía estaba oscuro, las mujeres llevaban lo que habían preparado para ver si había manera en que entraran a donde estaba el cuerpo de Jesús para hacerle esta última honra de enmascarar en algo el horror de la muerte con el olor agradable de las especias y los ungüentos. Habían visto dónde se había puesto el cadáver de Jesús, y allí esperaban encontrarlo ese domingo por la mañana.

Así es que, “El primer día de la semana, muy de mañana, fueron al sepulcro llevando las especias aromáticas que habían preparado”. Marcos nos dice que en el camino también se preocupaban por la inmensa piedra que estaba puesta a la puerta del sepulcro. Lucas sólo menciona que llegando, encuentran que la piedra ya no estaba en su lugar. Como tampoco vieron guardias, entraron en la tumba, y allí había una dificultad aun más grande. No hubo cuerpo en el lugar donde habían visto poner a Jesús el viernes. ¿Qué podría haber pasado? Tanto amor y tanto esfuerzo, y no hubo cuerpo. Lucas nos dice que estaban perplejas. Y todo esto era innecesario, porque Jesús ya había resucitado y no había cuerpo en ninguna parte que necesitaba los servicios funerarios.

Dos ángeles aparecieron para corregir a las mujeres. Pero debería haber sido innecesaria su aparición. ¿Qué es lo que exigió esta intervención milagrosa de seres celestiales para quitar a las mujeres su confusión y desilusión? ¿Y por qué debería haber sido innecesaria esta aparición y comunicación celestial?

Al principio esta revelación de la presencia de dos ángeles no parecía ayudar en nada a las mujeres. Más bien, sólo les aumentó su confusión y agregó un fuerte temor. La misma presencia de estos dos hombres en vestiduras resplandecientes en la oscuridad de esa tumba sólo hizo que estas mujeres bajaran el rostro a la tierra. No podían ni mirar a estos mensajeros celestes.

Las primeras palabras de los ángeles eran de reprensión. “¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?” ¿No parece una locura, buscar entre los muertos a uno que no está muerto? Pero eso es exactamente lo que estas mujeres estaban haciendo.

Luego les indica donde está su error. Deben haber sabido que no estaría allí. Deberían de haber sabido que ya no estaba muerto. Después de todo, Jesús mismo les había dicho exactamente lo que iba a suceder. “Acordaos de lo que os habló cuando aún estaba en Galilea, diciendo: ‘Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado y resucite al tercer día’”. Mucho antes de llegar a Jerusalén y ver el arresto, el juicio, y la muerte en una cruz del Salvador, deberían haber sabido que todo eso sucedería. El Señor todo sabio les había dicho exactamente cómo sucederían todas esas cosas. ¡Y todo había sucedido exactamente como lo había predicho!

Y era necesario que sucediera así. Después de todo, la razón por la cual Jesús había venido a la tierra fue para pagar el precio por los pecados y las ofensas de toda la humanidad. Vino para cumplir toda justicia en lugar de un pueblo que no había actuado justamente, sino había pecado y merecido la ira de Dios. Así la muerte de Jesús fue la única forma en que pecadores como usted y yo pudiéramos obtener el perdón y ser contados justos ante Dios y hechos herederos de la vida eterna. La paga del pecado es muerte. Así que esta muerte de Jesús como un criminal condenado llevando nuestra culpa y nuestro castigo era necesaria. Era necesaria porque Jehová había cargado en él el pecado de todos nosotros.

Pero el Señor no se había parado con eso. Siguió para decir que era necesario también que “resucite al tercer día”. Jesús claramente había dicho que no estaría entre los muertos el tercer día después de su crucifixión. Dijo claramente que aunque moriría, no quedaría muerto. Y eso también era necesario. Fue la prueba de que el Padre había aceptado el sacrificio. Fue la

prueba de que nuestros pecados realmente son perdonados. Fue la garantía de que nosotros también resucitaremos triunfantes sobre la muerte.

Pero tanta molestia en preparar las especias. Preocuparse por cómo iban a quitar la piedra. Alarmarse al ver el lugar vacío donde su cuerpo había yacido. Todo eso había sido innecesario. ¿Por qué? Porque claramente había dicho que resucitaría al tercer día. Deberían haber tenido la confianza de que, aunque nunca habían experimentado nada como esto, aquel que habló esas palabras realmente las cumpliría. Cielo y tierra pasarán, mas sus palabras nunca pasarán.

¿Pero no somos muchas veces como esas mujeres ese fin de semana? Este mismo Jesús, ahora resucitado y glorificado, nos ha prometido: No os dejaré y no os desampararé. ¿Entonces por qué, cuando las cosas parecen ir mal para nosotros, nos preguntamos dónde está Dios? ¿No dijo que estaría a nuestro lado, inclusive hasta el fin del mundo? ¿Y por qué a veces dudamos si Dios puede realmente perdonar aun nuestros pecados? ¿No nos ha prometido que la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado? ¿No nos ha asegurado su palabra que Cristo “entró una vez para siempre en el Lugar santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (Heb. 9:12)? Y nuestras preocupaciones e inquietudes igualmente son innecesarias y vienen muchas veces de la misma fuente de esas preocupaciones de las mujeres, porque olvidamos de lo que Nuestro Señor ya nos ha dicho. “Acordaos de lo que os habló” es el remedio también para nuestras dudas y momentos de incertidumbre.

Las mujeres no eran las únicas en ese día que olvidaron las palabras de Jesús, y por tanto quedaron atribulados y perturbados cuando deberían de haber estado regocijándose. Si no habrían olvidado las palabras del Señor, los apóstoles habrían tomado en serio el informe de las mujeres. Nuestro texto nos dice que una vez que las mujeres habían recibido el informe y la amonestación de los ángeles, ellas “se acordaron de sus palabras, y volviendo del sepulcro dieron nuevas de todas estas cosas a los once y a todos los demás”.

Si había alguien que debería haber recibido estas noticias con reconocimiento y fe, fueron ellos. Ellos más veces que todos habían escuchado estas cosas profetizadas por el Señor Jesús. Cuando Pedro había confesado su fe en nombre de todos los

discípulos de que Jesús era el Cristo, el Hijo del Dios viviente, Jesús les había informado: “Es necesario que el Hijo del hombre padezca muchas cosas y sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto y resucite al tercer día” (Lucas 9:22).

¿Pero cuál fue la reacción de los que escucharon estas noticias? ¿Fue alegría y gozo? ¿Fue fe en que Jesús había cumplido su palabra? Todo lo contrario. “Pero a ellos les parecían locura las palabras de ellas, y no las creyeron”. Una semana después de esa primera predicción, Mateo nos dice que otra vez Jesús les dijo en Galilea: “«El Hijo del hombre será entregado en manos de hombres y lo matarán, pero al tercer día resucitará»” (Mateo 17:22–23). Lucas nos dice en el capítulo 18 que poco antes que Jesús y los discípulos llegaran a Jerusalén les contó con más detalle lo que sucedería allí. “Tomando Jesús a los doce, les dijo: —Cuando llegemos a Jerusalén se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del hombre, pues será entregado a los gentiles, se burlarán de él, lo insultarán y le escupirán. Y después que lo hayan azotado, lo matarán; pero al tercer día resucitará” (Lc. 18:31-33). Pero como se dice: No les entraba. “Sin embargo, ellos nada comprendieron de estas cosas, porque esta palabra les era encubierta y no entendían lo que se les decía” (Lucas 18:34). En lugar de aceptar la palabra de Jesús cuando les había hablado, y encontrar en ella la verdad que sobrepasa la experiencia y la razón humana, se quedaron todavía confusos, perplejos, en realidad incrédulos frente a la resurrección de Jesús. No fue hasta la noche, cuando Jesús mismo apareció vivo a ellos, que su tristeza y luto se convirtieron en gozo.

Hermanos, que no pase esto con nosotros. Estudiemos con atención la palabra de Jesús. Pongamos nuestra confianza en todo lo que nos promete. Cuando nuestra experiencia y razón parecen contradecir lo que Dios nos promete y revela, demos a Dios la razón de ser más sabio que nosotros. Así nosotros no perderemos ni por un momento el gozo que Dios quiere darnos con su precioso evangelio del perdón de los pecados, que Cristo ganó con su muerte el Viernes Santo, y confirmó con su gloriosa resurrección en la Pascua. Que Dios bendiga a cada uno de ustedes con el verdadero gozo pascual. Amén.